

# CRONICA INTERNACIONAL

## ESTADÍSTICA Y DIALÉCTICA AL OTRO LADO DEL CANAL.

Se puede ser teólogo de muchas campanillas e ir al infierno. Doctor con las cuatro borlas era el que pactó el primero en un burgo gótico con el diablo. Vinieron después dos Faustos: el uno en tierras del Rhin, el otro en Venecia. El alemán vende su alma por un lote de juventud con poder y con el amor que es fiesta y es suplicio. El veneciano, que es muy joven y estudiante aún, vende su alma por una vejez de senador cargada de honores. Ya la Venecia de oro se hundía en sus légamos, como ha seguido hundiéndose una pulgada cada año. El hombre se debe al medio, mas es difícil saber cuál de los Faustos hizo peor negocio. Jurisconsultos que asombraron con su saber a Bolonia se dejaron corromper. Esta ciudad —no lo olvidemos— actúa con sus dos títulos tradicionales: el de «grassa» y el de «sottile» y de arcilla somos. Ya se dijo que la Justicia es dama estelar que baja del cielo una vez cada siglo, y en alguno de sus viajes pide como tributo la cabeza de un juez en un plato. Aquel cocinero que guisó prodigiosamente para los embajadores del Congreso de Viena, Carème, no tenía paladar. Como la pintura para el otro, la gastronomía era para él «cosa mentale». De paradojas así la mejor Europa está llena. «Si zurro tanto —confesaba Shaw a pudibundas y cuáqueros de nuestro Londres— es porque en el fondo son de mi cuerda.» Otro polemista inglés estudia lo que le cuesta a las naciones en guerra cada combatiente. Lo que se propone es añadir objeciones a las que se aducen contra la guerra. No es él quien elabora el cálculo,

sino el coronel de las fuerzas aéreas de los Estados Unidos Campbell. Este militar obtiene datos y el polemista les extrae lo que llevan dentro. Según Campbell, si el asalto a Europa sobreviene, será con dispendio más que fabuloso para las naciones aliadas. Si Saturno devora a sus hijos, el material de guerra devora a los que lo hacen posible. Las fuerzas de nuestro tiempo arrollan con celeridad al que las ha engendrado. Cuando se asalte la fortaleza de Europa, la eliminación de cada adversario costará exactamente doce mil quinientas libras esterlinas. El combatiente cuesta más que el «zoon politikon», el animal político de Aristóteles. Nunca se han pagado en las urnas votos a más de mil libras, aunque el votante fuese más útil que el combatiente. Sépase ya que la eliminación de un adversario costaba en el primer conflicto mundial cinco mil doscientas cincuenta libras; en las guerras de secesión de los Estados Unidos, mil doscientas cuarenta y ocho; en las napoleónicas, setecientas cuarenta y seis; en las de la Roma imperial, tres chelines y seis peniques. Cualquiera estudiante del Instituto Gallup puede agitar en su cubilete esos datos. Una y la misma es la etimología de «dato» y de la pieza cúbica que salta en el juego. El dado como el dato salen del «datum» latino, de «lo se nos da». En este caso concreto del coronel Campbell, el dato es más fortuito que el dado en el juego de azar.

Con lo que cuesta exterminar un soldado hubiese César exterminado sesenta y seis mil. Sí, y con lo que cuesta destruir ahora el cementerio de Pisa, con los frescos de Orcagna o de Benozzo Gozzoli, ¿qué no se hubiese destruido entonces? Súmense obeliscos, mausoleos, jardines colgantes, colosos como el de Rodas, estatuas; súmense maravillas para responder a la pregunta... Pero César, no por clemencia, sino por dignidad, no hacía la guerra como se hace ahora. Sólo que el polemista no llega a esa conclusión, sino a otra balbuciente: a la de que la guerra cuesta demasiado. Ese objetante contra la guerra nos resulta al fin un teniente coronel que manda carros de asalto. Combate, pues, en la guerra y combate además contra la guerra. He aquí otra paradoja más, menor en todo caso que las que hemos referido... No reprobamos las contradicciones que pueden ser hasta la sal

de la vida... No nos desasosiega el error que sigue y ha seguido y seguirá al hombre con la misma tenacidad que su sombra. Sí, nos consterna la inflexión pueril de esos razonamientos ante la guerra. La «forma mentis» de los objetantes, como de los amantes de la guerra, es para nosotros un mal espectáculo... La desnudez mental, que se sabe desvalida, nos mueve a misericordia. La desnudez mental que se exhibe no ya gozosa, sino impudorosamente, nos entristece y nos irrita.

LO QUE DESUNE A LAS NACIONES UNIDAS  
ANTES DE QUE LA SUERTE ESTÉ ECHADA.

Más que muchas obras maestras de la literatura nos apasionan los diarios de navegación o las relaciones de campaña. Tanto como los libros de Quevedo, de Gracián o de los dos Luises, hubiésemos deseado escribir, a bordo o en los campamentos, la carta de Vasco Núñez de Balboa al Rey desde Santa María del Darien, o las relaciones de Cortés o de Bernal Díaz del Castillo desde Méjico, o las de Jerez o las de Cieza de León desde el Perú, o las de Acuña o las de Dionisio de Alsedo desde el Amazonas o desde Quito, o las de López de Gomara desde el Plata, o las de Biedma con las jornadas de Soto desde el Mississipí, o las de Alba o las de Grijalva desde las Filipinas, y tantas otras así. Viajando por América hemos llegado hasta a escribir que el que no ha sido militar de la gran especie o descubridor ha perdido su vida. Hay ciertamente el misionero y el togado y el fundador. Hay el político que los abarca a todos, y si rige una gran nación, combate también y ensancha horizontes. Pero hablamos de militares para recordar a uno del buen tiempo que en un vivac cerca de París jugó a los dados sobre un tambor no el botín de un asalto, sino las torres de Notre Dame, gala del viento. Pues más que ese gran soldado juega el militar que se juega sencillamente el todo por el todo. Es lo que acaba de jugar en Argel De Gaulle al trocar el nombre de Comité Francés de Liberación por el de Gobierno provisional de la República francesa. Ha hecho más De Gaulle, y es declarar que la Administración norteafricana no reconoce la validez del con-

venio concertado entre el almirante Darlan y el general norteamericano Mark Clark en los primeros días del desembarco. Esto es más «todo por el todo» todavía, aunque Londres finja no oír a su aliado. Ni los Estados Unidos ni Inglaterra reconocen el Gobierno provisional que De Gaulle, sin más poderes que los suyos, instaura en Argel. «Será o no será —ha dicho un amigo suyo—, será o no será el hombre de mañana, pero está siendo el de hoy.» Actúa con tropas y con hechos consumados. Sabe callar y nada ha dicho hasta ahora que valga más que el silencio. Espera quizá demasiado, pero cuenta con la ingratitud de los suyos y con la versatilidad de la suerte. Es un francés con raza y con método que las ve venir con ojos lúcidos. Es de aquellos para quienes se escribió: «Il faut perdre la tête ou perdre sa race.»

En la Asamblea consultiva de Argel, en tanto, Massigli, comisario de Asuntos Exteriores en el Comité de Liberación, ha dicho exactamente lo que quería. Está habituado a pesar cautamente, y como dicen allí, en balanza de platero sus palabras. Massigli es diplomático de carrera y acreditó su aptitud en la Secretaría General del Quai d'Orsay. Se ha doído el comisario de Asuntos Exteriores de que ni Wáshington ni Londres reconozcan como legítimo al Gobierno de Argel. Hay en esta ciudad desde hace meses representaciones extranjeras. Persia, Australia, el Perú y Méjico mantienen las suyas. Más: el Canadá ha ascendido a su ministro en Argel a la categoría de embajador. Más aún: Turquía, con ser nación fluctuante en el juego y el contrajuego de presiones contrarias, ha establecido un Consulado en la sede francoafricana. Una Delegación del Comité de Argel figura en la U. N. R. A., y ha sido invitada a la Conferencia Monetaria que se celebrará muy pronto en los Estados Unidos. ¿Por qué entonces se regatea a De Gaulle y a los suyos el reconocimiento oficial? Inglaterra permite y hasta estimula la movilización de los nacionales franceses en territorio británico. Massigli sabe que la duplicidad es un arma que no envejece en las panoplias del oficio. Conviene denegar antes de conceder y excluir de la negociación la conquista fácil. Que lo que vale cueste, pero Massigli, por lo mismo que está en el secreto, se impacienta ya. El Comité de Argel se encuentra incomunicado

con sus representantes en Londres, el comisario Andrés Philips y el general Kocnig, jefe de la misión militar. Cuando se produzca el asalto a la fortaleza de Europa las fuerzas francesas del interior no obedecerán otras órdenes que las que emanen de Argel. Así lo ha afirmado a la letra Massigli al pedir para el Comité —hoy Gobierno provisional de la República— el derecho total de alternativa. «Lo que hoy no se nos dé —ha vaticinado el gobernante—, se nos dará hasta con largueza mañana.»

¿En qué los designios de De Gaulle y los de Badoglio pueden ser o concomitantes o coincidentes? Ya se verá; pero Massigli no ha eludido en sus declaraciones el reto a Badoglio, que es todavía mariscal de Italia, duque de Addis Abeba y marqués del Sabotino; como Graciani, otro de los cinco mariscales, sigue siendo en el bando de enfrente marqués de Neghelli. (En cuanto a De Bono, aguarda al otro lado de la vida el juicio final de la historia.) Cree Massigli que Badoglio no ha reprobado como debía la agresión del Reino de Italia en 1940 a la Francia vencida. Cuando el rey Víctor Manuel III abdique en el príncipe Humberto, hoy lugarteniente, el diálogo de la Italia del Sur con la Francia norteafricana será posible. El segundo de De Gaulle no pone sordina a las dianas del gallo heráldico que aún despierta al sol. Chanteclair no ha enmudecido nunca totalmente. Cuando llegue la hora del reajuste de Europa, supone Massigli, Francia «será una potencia actuante o no será. Y no ella tan sólo, sino todas las naciones unidas dictarán los tratados de paz». No hay Asamblea sin objetantes, y en la de Argel ha habido reparos de Auriol, de Cassin y de Bonte. Allí se da el caviloso, que no es ni será en muchos siglos fauna extinguida. El caviloso no descansa, y cuando no litiga con su sombra ata la hoja al árbol para dar quehacer al viento.

Casi a la vez que Massigli, Sumner Welles, ex secretario norteamericano de Asuntos Exteriores, se ha dolido de la ausencia de las Naciones Unidas en las negociaciones entre la Gran Bretaña, Norteamérica y Rusia para la organización de la paz. Teinta y un países que hoy no negocian llevan, sin embargo, sobre sus hombros sillares para la obra común. De las naciones unidas no hay ninguna que se retraiga por sí o se

inhiba en los debates, y Sumner Welles alza su voz contra las pretericiones que parten de Washington o de Londres. El Consejo de las treinta y cinco naciones, si incluimos la China de Chunkin, o sea la de Chan Kai Chek, más grávida de futuro que la China de Nankin, o sea la de Wan Chin Wei, debe no seguir, sino preceder a la victoria. Invoca Sumner Welles, además del artículo cuarto de la carta del Atlántico, el séptimo de la Ley de Préstamos y Arriendos, que cohiben o borran las tendencias autárquicas para vindicar el acceso de los treinta y cinco países al mercado de materias primas (Londres no ha renunciado al régimen de preferencia que se fijó en Ottawa para el intercambio de productos entre la metrópoli del Commonwealth y los Dominios, colonias y protectorados). Para De Gaulle o para Massigli el parecer de Sumner Welles es estimulante, pero laboran con el propio. Laboran sobre todo, como De Gaulle ha dicho, en los campos de batalla de Europa. Fuerzas francesas fueron ciertamente las que rompieron antes que las demás la línea Gustavo y el sistema defensivo de Montc Maggio. Fué De Gaulle en avión al frente italiano para ver de cerca a sus combatientes y para conferenciar con los generales Wilson, Alexander y Clark. Ya de regreso en Argel, declaró: «Combaten nuestras armas y combatirán junto a las armas de nuestros aliados. Nos esperan días duros, contratiempos y sacrificios. Francia resurgirá a la grandeza, pero que dé desde ahora más que lo que recibe de las naciones victoriosas. Nuestro mañana, por mucho que se ligue al de los países amigos, está en nosotros. Firmeza, pues, y que nadie en nuestro campo descanse.» Pero lo que París espera del genio de Francia en el futuro no es lo que De Gaulle, que ha pactado con Rusia, espera. Y esta disidencia entre franceses es de las disidencias entre europeos una de las más patéticas, aunque quiera Dios que no de las irreparables.

## AFRICA.

Como los libros, las ciudades, «habent sua fata», tienen su sino misterioso y su estrella, o, como el latín precisa, su hado. Si no en la mano, sí en los surcos de la frente leen el

nuestro las gitanas. En una torre, en un cubo de muralla, en el temblor de un jardín leen el sino de las ciudades. Lo leían hace siglos en Lucsor o en la Ecbatana de Jerjes o en Trípoli, que ya no son ni el recuerdo de lo que eran. Decimos ahora, por ejemplo, de Granada:

«De su poderío  
ya no queda nada.»

Lo que en nosotros es nostalgia, era hace cientos de años vaticinio en el embuste ceccante de una sibila del Albaicín. Como a algunos espejos el azogue, se les va a algunas ciudades la magia. A otras, en cambio, que no la tenían, se les ve adquirir de pronto el hechizo o la fuerza. Vivían vueltas hacia el ayer, casi atónitas, pero la guerra las transfigura y hace que despierten con el alma trocada. Así exactamente ha despertado Marrakech, que recibe por días un incremento de poder en el continente africano.

En Marrakech se han reunido para planear el futuro personalidades inglesas y norteamericanas, y quizá también alguna de las que Moscú mantiene en el Norte africano. Churchill dijo en abril: «Necesito unas horas para mí que serán de examen de conciencia y de descanso. Voy allí donde reposar, sea rehacerse, y cuando vuelva estaré como nuevo.» Y se fué unas horas a Marrakech, donde pudo meditar al pie del Atlas con nieve y entre palmeras ilustres como las de Elche. En la ciudad donde tantos se entrevistan, Churchill se ha encontrado consigo mismo, que es lo que hace cuando va a tomar resoluciones. Stettinius ha estado asimismo en Marrakech para eludir, según dicen, el diálogo con De Gaulle o con Massigli, que le esperaban en Argelia. Stettinius, como otros políticos norteamericanos, temen que la cadena de represalias entre Argel y Vichy sea una cadena sin fin. En cada desquite maquinado a la rusa hay además un injerto entre calabrés y corso de vendetta. Hoy mismo anuncia Argel un proceso contra el almirante Derrien, a quien se acusa de haber entregado Bizerta. Después del almirante será juzgado el general Blanc por haber promovido levas en la legión antirrusa de Africa del Norte. Cinco generales más: Chatel, Boisson, Nouelthis, Bergeret y Nogués, comparecerán también ante los

Tribunales de Argel, siendo así que algunos como Chatel, ex gobernador general de Argelia, y Nogués, ex residente de Francia en Marruecos, han sido condenados a muerte por Vichy. Realmente estos dos, como algunos más, no hallan literalmente piedra donde reclinar la cabeza. Se comprende que Stettinius, que en cuanto a Francia es conciliador, haya eludido el diálogo con De Gaulle y otros miembros del Comité. Los que no están con ellos dicen están contra ellos, pero ya ve que algunos que están con ellos están contra ellos también. Desde antiguo sabemos cómo empiezan y cómo acaban los Comités de Salud Pública si se tienen por incorruptibles.

Casablanca es en tanto un hervidero de las gentes más varias por su idioma, por el color de la piel y por sus actividades. Nadie allí se fía de nadie, o, como en la facecia del marsellés, nadie de nadie y recíprocamente. Pierde, pues, Casablanca el prestigio con que la fortuna favorece a Marrakech. Es Marrakech menos antigua que Fez y menos que Oudja, pero pronto se cumplirá su primer milenario. Ha sido gobernada ochenta y cuatro años por la dinastía de los almoravides, ciento veintitrés por la de los almohades, a uno de los cuales, Yacub-ben-Yussef, debe la ciudad la torre de la Kutubia, la más airosa de Marruecos, hermana gemela de la Giralda de Sevilla y de la torre Hassan de Rabat. Se dice allí que la hizo un arquitecto andaluz llamado Algueber, que dió su nombre al álgebra. La dinastía de los saadianos rige Marrakech durante ciento veinte años. Algunos de sus sultanes murieron trágicamente, como rezan las inscripciones de sus tumbas. Desde 1640 hasta hoy han dominado los alauitas, de cuya stirpe eran Muley Hassan y sus hijos Abd-el-Azis y Muley Hafid, que se combatieron cruelmente.

Francia, como todos saben, ocupó en 1912 la ciudad que ha despertado de pronto con el alma trocada, y acoge entre mezquitas, palacios como los de La Bahía o los de Dar-el-Maghzen, baluartes, juegos de agua y jardines, al pic del Atlas, en un rincón entre sahariano y alpino, a grandes hombres del momento. Pero además Marrakech es punto de enlace de la ruta aérea que va de Londres a este oasis marroquí, y se tiende desde este oasis a América. Aludía Carlos Sentia.



a otra ciudad africana, Fortlamis, a la que el sino hace repentinamente existir. ¿Qué era Fortlamis ayer? Un puesto a orillas del lago sudanés de Tchad. Pero es, además, como Sentis recordaba, el corazón del continente y el centro matemático, y gracias a eso escala de la línea del Cabo y de la horizontal Dakar-Egipto-La India. La aviación en esta guerra nos cambia, más aún que el decorado de la historia, el de la geografía al que tuvimos por inmutable. Ciudades nuevas tendrán su sino como hace dos mil años lo tuvo Troya, desenterrada en nuestros días por Schliemann tan amorosamente. Diez años duró el sitio de la pequeña ciudad. Hoy tenemos más prisa y sitiamos no ya ciudades, como la vieja Ilión, o como Atenas y la misma Roma, sino naciones enteras y hasta todo un continente. Vivir para ver.

#### LA GRECIA PEREGRINA Y LOS PARTIDOS.

«Vi en la misma región, a unos meses de distancia, un Congreso de la Federación católica y un Congreso radical. Parecía que fuesen, a juzgar por las cabezas, los de dos razas diferentes: las primeras evocaban la escultura en madera del siglo XIII, o los retratos del XIV y del XV, mientras las segundas iban del siglo XVIII a Daumier.» Es Thibaudet quien lo cuenta en *Les idées politiques de la France* por los días en que planea un libro que la muerte segará: *Esplendores y miserias de las familias políticas de espíritus en la Francia de los siglos XIX y XX*. Seis familias de éstas estudió Thibaudet que no coinciden con los partidos ni con los grupos parlamentarios, aunque sí los reaniman y les transfunden una segunda sangre. Admitía aún el escritor los Cuerpos colegisladores en cuanto estamentos con pasado, y no se abstuvo de firmar una observación en la que la cordura se finge extravagante, pero no engaña a nadie. Veámosla: «Del Parlamento que se aloja en el Luxemburgo o en el Palais Bourbon se podría decir aproximadamente lo que el platónico Mallarmé dijo de la Academia francesa: «Es una divinidad caída que rememora los cielos». El Parlamento bajo su envoltura grosera representa el consistorio de las ideas, como la Academia representa

por su forma el concilio de las letras francesas. Hay en torno al Parlamento como en torno a la Academia una disponibilidad de fe, un crédito que hacen que pueda esperarse en todo momento que la divinidad caída se reincorpore y que allí la ideología política resplandezca y que aquí las letras puras sean honradas. La pureza del derecho no ha sido borrada por la miseria del hecho.»

Las familias de espíritus que Thibaudet estudiaba eran seis, cuando los partidos o los grupos parlamentarios venían a sumar veintiocho. Culpaban algunos de esta fertilidad a París, donde se da el tribuno como en la India la flor del loto. ¡Bah! Cuando París toma rapé, toda Francia estornuda; y cuando los partidos deliberan hacia 1932 en la capital, es en las provincias, la Bretaña o el Languedoc, el Lemosín o la Gascuña, la Turona o el Delfinado, donde se oye más con los ojos en blanco. Crecen y se multiplican en toda Francia los partidos, pero en Grecia crecen y se multiplican más aún. Allí, por entonces y luego, proliferan y casi pululan. Los grupos no bajan de cuarenta, y se dan allí, junto al Egeo o junto al mar de Jonia, los tribunos como se daban hace veinticinco siglos los sofistas. Ahora mismo, con el Gobierno en la emigración, las tres coaliciones de Elas, Edea y Ekka reunen cincuenta y dos fracciones, treinta más que las que agrupó en edades remotas la victoria de Salamina. La política —se dice— es dialéctica, y la historia, integración, y si los partidos desunen, las campañas militares coligan y forjan la unidad. Las cincuenta y dos fracciones que actúan ahora en la emigración se llaman, eso sí, partidos de Unión Nacional. Aseguran que, lejos de excluir a nadie, preparan la federación de todos los griegos, desde los que combaten en las gerrillas o en los frentes aliados y los acogidos a la hospitalidad de Egipto hasta los que están en territorio más o menos reivindicable en Rodas o en el Epiro, en Macedonia o en Chipre. Los griegos que moran lejos de sus lares la Diaspora son más de dos millones, y una misma nostalgia, la de la tierra y los muertos, les posee. Pero griegos al fin, hacen suya la frase de los antepasados: «Con nada se recrean los dioses como con nuestras disputas.» Y, pues, se apropian la frase, controvierten entre sí, seguros de que en el diálogo

polémico está la ciencia y hasta en cierto modo la verdad. Se deben a su linaje, en el que prendió no en vano el injerto bizantino que alquitara la sangre. Entre los griegos emigrados se suceden los Gabinetes con la misma fluidez que las disputas. Al de Tsuderos siguió el de Venizelos, y a éste, brevísimo —de catorce días—, sigue el de Papandreu, que fué a Egipto desde el frente de los guerrilleros. Venizelos, de nombre Sófocles, es hijo del otro, de Eleuterios, el que llevó a su patria a la gran guerra, y hermano de Kiriakos, muerto en Nueva York. Venizelos padre quiso hacer de Kiriakos un estadista, y como tal el segundo de la estirpe. Antes de ahora hemos dicho que reputamos por impía la sentencia de que nos conviene expiar en los hijos el pecado de ser hijos de nuestros padres. Amamos la continuidad, y sabemos que los más de nuestros patrimonios morales son legados. Kiriakos pensaba así, pero su doctrina sobre el poder no era la de su progenitor. Eran para Kiriakos días ya ajados los del Gobierno disidente de su padre en la Salónica de Sarraíl y aun los de la República del diecisiete. El segundo Venizelos, para no discrepar del primero, entró en la diplomacia como quien entra en clausura... Se fué, como quería, apagando en la carrera hasta que la muerte se lo llevó antes de tiempo. El tercer Venizelos, Sófocles, es militar, y se comportó con bravura, siendo cadete aún, en las guerras del doce. Así y todo, ha meditado después la grandeza y la servidumbre de las instituciones militares. Quiso, por oposición, a Metaxas retirarse no ya a sus cuarteles de invierno, sino a la vida privada. Esta guerra le irguió y el destierro le ha restituído la apetencia del mando. Fué ministro de la Guerra con Tsuderos, y después presidente del Consejo catorce días. Ahora, que Papandreu es primer ministro de la Grecia peregrina en Egipto, Venizelos, Sófocles, es coronel, y hará, si es menester, la guerra como guerrillero. Para hacerla olvidará que posee una gran fortuna desde que casó con una hija del John Zervudakir, el Creso de Alejandría.

Se nos dice a última hora que los partidos griegos van a confederarse para constituir la Unión Panhelénica. Churchill en su discurso de la Cámara de los Comunes ha recogido esta nueva y contribuye a esparcirla. ¿Preferirán los partidos de

Grecia, en efecto, ser abnegados a ser ingeniosos? «Con nada —se dijo allí— se recrean los dioses como con nuestras disputas.» Así fué, y se han recreado mucho, pero por eso mismo empiezan a cansarse.

#### ENTREVISTA CON HITLER Y SEGUNDA VIDA DEL DUCE.

«Creo, como he creído siempre, en la virtud de la fuerza.» Así terminó la arenga del Duce a los combatientes horas después de su entrevista con Hitler. En la adversidad como en la fortuna vemos al Duce blindado en su doctrina y en actitud ecuestre. Cuando escribió su tesis sobre Maquiavelo, Mussolini dijo: «Soy de su estirpe, y sé que se gobierna para hombres casi siempre malos.» Lo sabe, sí, y ha partido a la manera clásica para gobernar del dogma de la caída y de la corrupción del barro del que estamos hechos. ¿Realismo? Sí, y concretamente realismo maquiavélico. La fe en la fuerza no relaja en Mussolini la fe en el espíritu. No la relajó, pese a todo, en su maestro, que amaba ardientemente a los suyos. Al oponer Maquiavelo en el *Arte de la guerra* el militar al «condottiere», rehabilita el linaje político del hecho de armas. Mantienen en el libro Cosme Rucellai y Fabricio Colonna un diálogo del que la ciudad del león y del lirio resuena todavía. Versados los dos en ardidés de campamento, convienen en que el Estado es la ciudadela de la patria. No es éste el idioma de los tratados que preceden a los del moralista de *El príncipe*. No es el de la escuela gibelina que por boca del Dante define el Imperio a la vez que aguza silogismos que lo defiendan. (No han aguzado mal los suyos los panegiristas de la unidad de poder en los Papas. Recordemos a Gil de Roma, a San Buenaventura y a aquel Giordano de Osnabruck, para quien el mundo reposa en la trilogía de la espada, la ciencia y la fe.) El Imperio, según el Dante, encarna en Roma, si por su alcurnia troyana, también por su fortaleza. No es tampoco el idioma de Marsilio, que en su *Defensor pacis* va más lejos que la escuela gibelina y confiere al primer magistrado de la nación la potestad de reunir Concilios. No es, en fin, el de Savonarola, que en su *Reggimento di'l governo della cita de Firenze*

instituye la República que andando el tiempo se llamará la República de las envidias. No es el de Pontano, ni menos el de Bracciolini, que se engolfa en las humanidades sin la humanidad necesaria. Hasta Maquiavelo y su par Francisco Guiccardini no se ve el Estado como una plaza fuerte. Para él dispone el creador del *Arte de la guerra* bastiones o fosos, revellines o puentes levadizos.

El primer mandamiento de la política de Maquiavelo es artillar el Estado. De este claro florentino hereda, cuatro siglos después, un teorizante del golpe de Estado la estrategia que expone en su doctrinal. Para este toscano de hoy, en la Europa de ayer como en la «Europa vivente», todo capitán, Turena, Carlos XII o Foch, es un instrumento de la política del Estado. Ninguno osa el arte por el arte, la guerra por la guerra. La frase de Giovanni Acuto, condotiero inglés al servicio de Florencia, en sentir del arbitrista de *Aventure di un capitano di aventure*, la frase «se hace la guerra para vivir y no para morir», no es ni la paradoja de un «dilettante» ni la divisa de un mercenario. «Expresa la más alta justificación del choque de armas. Podría ser la divisa de César, del gran Federico, de Nelson y de Bonaparte.» La doctrina cac dentro de la ortodoxia maquiavélica, que los tratadistas de Derecho público desvirtúan casi siempre. Es de fe para el autor del *Arte de la guerra* que los soldados no nacen, sino se hacen en todos los climas. Ninguna sentencia de la antigüedad es invocada por Maquiavelo tan arduosamente como la de Virgilio:

«Desidesque movebit  
Tullus in arma viros.»

Capitán que se conduzca como Tulio hará del tropel más relajado tropa. En el libro séptimo del *Arte de la guerra* está aquella cláusula memorable que dice así: «Creían nuestros príncipes italianos, antes de vivir jornadas de guerra más allá de los montes, que bastaba a una persona de su condición redactar con elegancia un mensaje, exhibir agudeza o prontitud de juicio en los discursos, tejer una perfidia, adornar con joyas de oro y piedras preciosas, vencer a los demás en el lujo de la mesa o en el del lecho, rodearse de lisonja y mo-

licie, regir a sus vasallos con altivez o con avaricia, complacerse en el ocio corruptor, otorgar como merced los empleos militares, desoír en el estrado o en la calle el consejo leal y pretender que sus palabras sean recibidas como oráculos. No comprendían los desventurados que se preparaban para ser las víctimas del primero que los acometiera. Esta fué la causa del gran espanto, de las repentinas fugas y de las pérdidas que empezaron en 1494.» «No hay Estado sin milicias nacionales —concluye Maquiavelo—. Aseguro que el primer príncipe de Italia que las crec llegará a ser antes que ningún otro señor de toda esta tierra, siendo su Estado lo que fué Macedonia en el reinado de Filipo.»

No hay victoria en el Poder sin la victoria en los campos de batalla, enseña Bonaparte. Justamente, en este doctrinal sobre el golpe de Estado, que siglos después del *Arte de la guerra* nace bajo el cielo de Italia, se trata del asalto al Poder del corso el 18 brumario. El vencedor de Arcola se atiene a los precedentes clásicos: al de Julio César y al de Sila. Aunque demos al César lo que es del César, o sea otro rango que a Sila, admitamos que los dos son estrategas, son caudillos militares y asaltan el Poder como asaltarán un fuerte. En cuánto el arte de la guerra, les conquista el mando, emperose llaman de escrúpulos. Instauran la legalidad, se justifican, quieren ser aprobados. Es del Derecho romano la sentencia de bronce «La ley, o predicada o violada». Los capitanes ponen la presa sobre el devaneo; pero restituyen su virginidad a las leyes. Bonaparte, más legalista aún que César, adora los códigos. Después del golpe del 18 brumario, el héroe se apresura a legitimar el hecho de armas. Sin la ley, sin la letra, sin la liturgia, Napoleón no amansa ni mete en un puño a los remordimientos. Lo que no es estrategia es para él abogacía. Ante los Quinientos se siente atrozmente cohibido y clama en su discurso: «No olvidéis que voy acompañado por el dios de la guerra y por el dios de la fortuna»; pero las interrupciones lo hieren en lo vivo. Si unos días después Murat no carga sobre los parlamentarios de Saint Cloud, el héroe de cien batallas no sería quien fué.

La doctrina de la autoridad, ¿es de estirpe maquiavélica? Sí. Y las milicias nacionales, que el gran toscano pide a gritos.

para que la mantengan, son las que se llenaran con el tiempo de tiquis miquis jurídicos, o, si se prefiere, de escrúpulos liberales.

«Creo —ha dicho Mussolini hace días—, como he creído siempre, en la virtud de la fuerza.» Ha hablado así horas después de su entrevista con Hitler. El Duce es el mismo de hace diez años y el mismo de hace veinte. Pero los haces victorios, no; las milicias, tampoco. El cree en la fuerza, pero la fuerza se le vuelve deliberante. El cree que la unidad es el cimiento y la argamasa de un Estado, pero la unidad se le rompe. Doloridamente asistimos al trance patético y desprendemos de él enseñanzas para nuestro futuro. El Duce, que es un clásico, contaba seguramente con la ingratitud humana y con la caducidad de las cosas... Pero los reveses de su patria son tales, que forjar en sí una segunda vida al servicio de lo que fué es difícil. Al entrevistarse con el Führer, Mussolini pone en juego los resortes de su antigua entereza, y hace, desde luego, más de lo que puede.

#### EL DIÁLOGO HISPANO-PORTUGUÉS ANTE EUROPA.

Vimos a Antonio Ferro en Sevilla y nos congratulamos juntos de que España y Portugal mantengan día a día su diálogo entrañable. Preside nuestro amigo, y ojalá presida hasta los cien años, la caseta que con músicos, bailarines y recitadores tiene la nación hermana en la feria de los sevillanos.

La capital de Andalucía celebraba en abril una Exposición del Libro del Caudillo, organizada por el director del Archivo Hispalense, D. Luis Toro y Buiza. Con él, con el alcalde, que es el duque de Alcalá de los Gazules, en quien la hospitalidad es una obra maestra, y con el jefe de la Biblioteca del Ayuntamiento, D. Francisco Collantes de Terán, hablamos de la conveniencia de que esta Exposición sea conocida en Madrid. Veintiún versos inmortales del capitán Francisco de Aldana anuncian como veintiún clarines del viejo tiempo el certamen. Son éstos:

«Veréis tras esto al fiero y generoso  
 caballo, al alto son de la trompeta,  
 alzar la frente alegre y plateada,  
 sacudir el copete y la cabeza,  
 el cuello encaramar, erguir la oreja,  
 el ojo ensortijar, volar las crines,  
 las narices abrir, temblar los labios,  
 el suelo patear, tender la cola,  
 los dientes rechinar, torcer la boca,  
 la cerviz abajar, tascar el freno,  
 las ancas recoger, doblar las corvas,  
 el pecho dilatar, volar los cascós;  
 luego entonar relinchos atronados,  
 que no puedes dudar que en su lenguaje  
 quicra decir: «¡Arma, arma, cierra, cierra!»  
 Agora le veréis fácil y diestro  
 con las manos trincar, todo empinándose  
 firme en los pies, ora estribando todo  
 sobre los brazos, despedir al aire  
 dos coçes, que a una piedra de diamante  
 la redujera en polvorosa nube.»

Junto a los jinetes andaluces hemos visto en la feria jinetes portugueses de gran porte. Ferro, como se ve, está en todo. Nuestra Orquesta Nacional estuvo en Lisboa y en Oporto, y la de la Emisora lisboeta ha estado entre nosotros. Profesores de la Facultad de Derecho de Coimbra visitaron a sus colegas de Santiago, y estudiantes nuestros del curso final de Agronomía recorren cuando se escribe esta nota Portugal. Ganaderos españoles exhiben sus ejemplares más logrados en la Exposición pecuaria de Lisboa, a la que asisten nuestro subsecretario de Agricultura y el director general de Comercio. Largamente comentan los diarios de allí las disertaciones y los experimentos del doctor Clavero, a quien invitó el ministro de Colonias. Un gentilhombre de las letras, en fin, como José María Alfaro, vicepresidente de las Cortes, ha hablado a la sociedad portuguesa de nuestros escritores. Hubo un tiempo en que se combatía el hastío con juegos como el de los casos de conciencia o el de los aforismos impertinentes. Data de entonces la frase de que Dios nos libre del caos de las ideas claras. No faltó añadirse que el enemigo más solapado de la verdad es la



evidencia. Aquí en España no hemos visto nunca esos dédalos de ideas claras. No abundan en nuestro idioma esos filtros de luz que lo hagan todo diáfano. Caos de los otros —de los de ideas no claras— nos cercan cada día. Quien salga a combatirlos no alcanzará —esté seguro— un dragón de viento. Ellas nos han privado durante mucho tiempo de un orden político y de una doctrina. Sobre el nacionalismo, por ejemplo, uno de los dogmas de la revolución francesa, los conservadores enunciaban conceptos anticonservadores, y los liberales, sobre todo, conceptos liberales. Estos eran los propietarios, o sea una categoría de posesión en el espacio, como los conservadores eran los herederos, o sea una categoría de posesión en el tiempo. El nacionalismo nos regateó, como nos regatea aún, esos bienes tan españoles del tiempo y del espacio.

El nacionalismo, aunque nace de la revolución francesa, tuvo entre nosotros precursores al empezar el siglo xvi. Todos sabemos quiénes eran los bizcaitarras de Castilla no vencidos enteramente en Villalar. «No querrá —se nos dijo en alguna ocasión— que les decapitasen dos veces.» No queremos tal; pero el nacionalismo, aunque piensa poco, posee para pensar cabezas de repuesto. Hablamos de España, pero el mal no perdona a los portugueses. Contra el sebastianismo nacionalista arguyeron allí noblemente pensadores como Antonio Sardinha y algunos más. Menéndez y Pelayo había escrito penetrantemente en su *Historia de la Poesía castellana en la Edad Media* unas explicaciones sobre el sebastianismo que a Sardinha le hicieron pensar. Helas aquí: «No es vana la antigua tradición que pone en Portugal o en Galicia la cuna del Amadís y de la mayor parte de los libros de caballerías, derivación muy libre y muy españolizada de los cantos galeses o armoricanos. Allí debieron nacer por la misma ley de misterioso atavismo céltico que llevó a los portugueses a la conquista del Mar Tenebroso fascinados por el espejismo de las islas encantadas y de la leyenda de San Brandan, y que a través de los siglos renueva hasta en sus mínimos pormenores el mesianismo del rey Artús, «rex quondam resque futurus», en la esperanza nunca desfallecida y siempre renaciente de los que todavía aguardan en día de niebla por la faz del

Tajo al rey D. Sebastián, redentor de su raza y fundador del sexto imperio apocalíptico.» Muchos reparos hacía a estas reflexiones el inolvidable autor de *La cuestión peninsular*. El Portugal de la Restauración, aunque el Encubierto, reanima la fe nacionalista de la corte, es un Portugal declinante.

La península en el gran tiempo es unidad de destino, como ahora se dice refrendada por la acción concorde de dos soberanías. Ni los grandes de la casa de Austria ni los grandes de la casa de Avis fueron ni podían ser nacionalistas. «Os Lusíadas» son el gran testamento de la doble España castellana y lusitana, que antes que un par de pueblos era una civilización egregia.

A la acción concorde de dos soberanías y de dos misiones volvemos, y otra vez España y Portugal asumen ante un mundo enloquecido deberes difíciles. Nobleza de siglos les obliga. Sean las dos naciones la gran reserva moral en Europa, reserva en que participen filialmente las naciones de nuestra América.

#### CHURCHILL Y SU ELOGIO A ESPAÑA.

Hay presencias que nos confortan y ante las cuales valemos más. Hay seres que allí donde están cambian casi mágicamente el aire. Un hombre había entre nosotros que cambió el aire de su patria y a la vez el aire de su tiempo. Era de la estirpe de los fundadores y de la estirpe de los animadores, que juntas son la sal de la tierra. Fué a la muerte para llevar a los suyos a resurrección y a más alta vida. Breve la suya, breve su obra, lo reanimaban, sin embargo, todo. Gracias a él muchos millares de españoles despertaron de pronto con el alma trocada. A las naciones ilustres no les falta casi nunca esos hombres que cambian el aire. Son los que encarnan virtudes seculares y comunican a sus pueblos entereza y ardor. Saben que para vencer a los poderes adversos no hay como resistir y durar. Inglaterra tiene en Churchill un gobernante cuya energía ha trocado el destino de millones de seres. Mandamiento en los códigos de la honra, allí y aquí, ahora y siempre, es el de conceder hasta al adversario la talla que tiene. Ni Berlín niega a Londres, ni Londres a Berlín, el valor de

sus políticos o de sus jefes militares. El que trata a las pequeñas figuras como si fuesen grandes, se conduce sin tino; pero el que trata a las grandes como si fuesen pequeñas, se descalifica para siempre. Para medir la talla moral de Churchill no han esperado los españoles a que el primer ministro les enalteciera en la Cámara de los Comunes.

«España —dijo Churchill— fué en alguna época el Imperio más famoso del mundo, y siempre y hoy es una fuerte comunidad que descuella entre las naciones de Europa por su personalidad y su noble cultura. Cuando sir Samuel Hoare fué a Madrid, hace cuatro años, se adoptaron disposiciones para que su avión estuviera dispuesto en el aeródromo, ya que parecía casi seguro que España seguiría el ejemplo de Italia y se sumaría a los alemanes victoriosos en la guerra contra Gran Bretaña. Si España hubiese cedido a los halagos y a las presiones de los alemanes en aquel crítico momento, hubiera sido mucho más pesada nuestra carga.»

Y también, y después de un homenaje a sir Samuel Hoare: «Antes de la operación que se designa con el nombre de «Torch» se produjo una crisis muy grave en nuestras relaciones con España; hablo de la época anterior al acercamiento de las fuerzas norteamericanas y británicas al noroeste de Africa. España estaba en el punto culminante de su potencia para poder perjudicarnos. Desde mucho antes habíamos ampliado gradualmente nuestro aeródromo de Gibraltar y lo habíamos extendido hacia el mar; durante un mes antes de la hora «H» del 7 de noviembre de 1942 nuestros aviones —a veces seiscientos— estaban hacinados en ese aeródromo, a la vista y al alcance de las baterías españolas. Resultaba muy difícil que los españoles creyesen que todos esos aparatos estaban destinados a reforzar Malta, y puedo asegurar a la Cámara que el transcurso de aquellas críticas nos causó gran ansiedad. Sin embargo, los españoles siguieron mostrándonos completamente amistosos y tranquilos. No hicieron preguntas ni suscitaron dificultades.»

Y, en fin, el primer ministro afirmó: «No tengo ninguna simpatía por quienes consideran inteligente o gracioso injuriar al Gobierno español cada vez que se presenta ocasión para ello.»

Queden en esta crónica las palabras con que el político inglés juzga a un pueblo que como el suyo es tan rico de historia. La divisa del escudo de los Churchill reza, y por cierto en español: «Fiel, pero desventurado.» Dejemos hoy la divisa en el Fiel, y ojalá no sea en el porvenir desventurada la suerte de nuestra Europa. Quizá Churchill ha tratado alguna vez a las pequeñas naciones como si fuesen grandes. Tratar a las grandes, por su historia y por sus tradiciones de alta cultura, como si fuesen pequeñas, no está con los usos del político inglés ni, a Dios gracias, en los nuestros.

PEDRO MOURLANE MICHELENA.